

la realidad de un suceso que no acababan de creer y que debía escitar en alto grado su entusiasmo y alegría. Cuando la nave se fué acercando lo suficiente para que pudiesen conocer á sus parientes y amigos, cuya vuelta era en cierto modo inesperada, porque habian salido acompañados de los mas tristes presagios y funestos presentimientos, muchos gritos de alegría resonaron en los aires. Veíase á la multitud estender sus brazos hácia aquellos hermanos, aquellos compatriotas restituidos á la gratitud de su país, á el afecto de sus familias, y lágrimas de ternura corrian de todos los ojos.

El almirante desembarcó al son de las salvas de artillería, de todas las campanas echadas á vuelo, y de los vivas de la muchedumbre; pero bien pronto tuvo que sustraerse á las estrepitosas demostraciones del entusiasmo general, para presentarse en Barcelona, donde la corte se hallaba por entonces. En cuanto á Pinzon, las narraciones de los diferentes historiadores son muy contradictorias respecto de este oficial, que habia tomado tanta parte en la expedición.

Segun algunos escritores, Pinzon separado del almirante por el temporal delante de las Azores, ó extraviado de intento, entró en el puerto de Palos poco después de la llegada de Colon: otros historiadores pretenden que habiéndosele adelantado, llegó unos dias antes á las costas de Galicia y desembarcó para ir prontamente á la corte, con el objeto de ser el primero que anunciase las importantes nuevas

IV.

Regreso de Colon al puerto de Palos.—Su entrada triunfante en Barcelona.—Honores extraordinarios que recibe en la corte de España.—Ejecutoria de nobleza.—Embajada española á Roma.—Bula de Alejandro VI.—Nueva expedicion.—Salida de Cádiz.—Descubrimiento de la Dominica y la Guadalupe.—Antropófagos.—Vuelta de Colon á Haiti.—Desastre del primer establecimiento español.—Fundacion de la Isabela.—Trama contra Colon.—Descubrimiento de la Jamaica.—Pesca singular.—Visita y discurso de un cacique.—Enfermedad de Colon.—Vuelve á encontrar á su hermano.—Preparatiuos de guerra contra los españoles.

SOLO los indicios de que volvia la carabela de Colon, habia hecho que todos los habitantes de Palos volasen al puerto, para asegurarse por sí mismos de

de los descubrimientos con que se había distinguido la expedición, pero que el rey Fernando, desaprobando altamente esta conducta desleal, le había intimado que no se presentase en la corte sin venir acompañado de Colon. Aquel hombre orgulloso recibió tal pesadumbre con esta orden que así desconcertaba los cálculos de su ambición, que á los pocos dias fué acometido por una enfermedad que puso fin á su existencia.

En todas las poblaciones por donde pasaba Colon para ir á Barcelona, salían los habitantes á su encuentro, y su nombre volaba de boca en boca, repetido por la admiración. En fin, llegó á la capital de Cataluña, donde Fernando é Isabel le esperaban con la mayor impaciencia: habían dado orden de que la corte saliese á recibirle, y tributarle el homenaje de su respeto. Apenas el almirante podia abrirse paso por las calles atestadas de curiosos que se estrechaban por verle.

Rompian la marcha los indios que Colon había traído de las islas nuevamente descubiertas, los que iban vestidos á la estraña usanza de su país. Después era conducido cuanto oro se había embarcado, ya en forma de adornos, de hojas, ó en granos. Seguían algunos hombres con ejemplares de todas las producciones de la naturaleza y el arte, que se habían recogido en el nuevo mundo. Esta coleccion tan interesante y tan nueva para los europeos, se componia de ovillos de algodón, cajas de pimienta, papagallos encaramados en cañas de veinticinco piés

de alto, cuadrúpedos, aves disecadas y otra multitud de objetos nunca vistos en Europa. En fin, presentábase el mismo Colon, atrayendo hácia sí todas las miradas de los asombrados espectadores, porque él era el primer personaje de aquella imponente escena, el héroe de aquella fiesta nacional.

Fernando é Isabel, su esposa, para dar á el almirante una solemne prueba de su estimacion y agradecimiento, le separaban en un trono magnífico, levantado en medio de la plaza. Adelantóse el almirante, y conforme á la etiqueta, quiso arrodillarse á los piés de los reyes; pero Fernando se lo estorbó, y dándole su mano á besar, le invitó á que tomase asiento en el sillón que le estaba preparado. Hizolo así el almirante, y con aquella modesta sencillez que no excluye la dignidad, relató minuciosamente sus descubrimientos y acabó por manifestar las producciones que traía. Mientras hablaba, la sorpresa y la admiracion se pintaban en el rostro de cuantos podian escucharle, y ya habia cesado de hablar, cuando todavía le estaban escuchando.

Apenas acabó su relacion, los dos soberanos, y á su ejemplo todos los espectadores, se hincaron de rodillas para entonar un cántico sagrado, dando gracias á Dios por un suceso que iba á ser para la España el origen de grandes venturas. Después los católicos reyes colmaron de honores á el almirante, confirmaron del modo mas solemne todas las recompensas que le habian prometido antes de su partida y le concedieron ejecutoria de nobleza para él y toda

su familia. Siempre que el rey Fernando salía á caballo, llevaba á la derecha al príncipe su hijo y á Colon á la izquierda. A ejemplo del monarca, todos los grandes se mostraban solícitos en festejar á el almirante, virey de las Indias. El cardenal de España, Pedro Gonzalez de Mendoza, prelado tan distinguido por su mérito como por su rango y estirpe, fué el primero que honró á Colon, en un festin, en el que no solo se le reservó el primer lugar, sino que solo se le sirvieron manjares probados y en platos cubiertos: esto fué observado por todos los señores, que á su vez convidaron á el almirante á unos banquetes en que se advertía una singular rivalidad de magnificencia.

Tampoco fueron olvidados los dos hermanos del almirante, Bartolomé y Diego; aunque ausentes de España, participaron de las liberalidades del monarca, que les concedió el título de *Don* y brillantes escudos de armas para toda la familia.

No descansaba el rey Fernando hasta obtener la sancion del soberano pontífice para la posesion de los países descubiertos y los que Colon pudiera aun descubrir. Envió al instante un embajador á Roma, para pedir al papa la investidura de aquellas comarcas en favor de los españoles, con exclusion de las demás naciones, solicitando que esta concesion fuese á la vez esclusiva y hereditaria.

Alejandro VI, que ocupaba entonces la silla pontificia, tiró en el mapa-mundi una línea recta desde uno á otro polo á cien leguas de las Azores y á la

misma distancia del Cabo Verde, y declaró que solo al rey de España pertenecería todo el territorio que pudiera encontrarse mas allá de esta línea hácia el Occidente.

Para explicar la peticion de Fernando y la respuesta del soberano pontífice, es preciso trasladarse á la época del descubrimiento del nuevo mundo y consultar la historia. Entonces los papas, en virtud de su gran poderío, gozaban una autoridad ilimitada y el privilegio de disponer de todo el universo como vicarios de Jesucristo; prerogativa consagrada en cierto modo por el tiempo, la tradicion y el dominio del sentimiento religioso, ante el que es nulla la política de los gobiernos de Europa. Antes de juzgar estos hechos y condenarlos, es indispensable examinarlos bajo su aspecto histórico, estudiando la época á que pertenecen, el estado de la sociedad, las creencias y costumbres que la dominaban con su irresistible influencia.

Así en la bula de Alejandro VI se dice, que el pontífice concede al rey de España las islas y tierras descubiertas ó que de nuevo se descubriesen, y el acta solemne de investidura ó mas bien donacion, estipula que el santo padre da á Fernando estas islas y tierras, con sus señoríos, ciudades, castillos, lugares, aldeas, derechos, jurisdicciones y demás propiedades y dependencias, por la autoridad de Dios Todopoderoso, de la que el papa goza en este mundo como vicario de nuestro Señor Jesucristo.

Segun algunos historiadores, Fernando envió el

embajador á Roma para asegurarse la mediacion del soberano pontífice en las competencias que los nuevos descubrimientos podrian suscitar entre España y Portugal, interesando así á la Santa Sede á favor del gobierno español. Bien puede ser que Fernando llevase esta mira secreta; pero no se debe olvidar que se honraba con el título de *Católico*, como un testimonio de su piedad, y que este príncipe se dispensaria menos que ningun otro de cumplir, respecto del santo padre, lo que él consideraba como su primer deber de cristiano y de monarca.

Entre tanto se hacian los preparativos de otra expedicion, con tal actividad y prontitud, que en breve tiempo se hallaron en el puerto de Cádiz diez y siete embarcaciones, prontas á hacerse á la vela para el nuevo mundo. Personas de todas clases de la sociedad se disputaban el favor de embarcarse y tomar parte en una expedicion que prometia á la vez riquezas y gloria: ni faltaba quien habia formado el proyecto de establecimientos en los países nuevamente descubiertos. Colon no podia llevar consigo á todos los que se presentaban, y escogió mil quinientos, tomando las precauciones necesarias para que las naves fuesen provistas de todos los objetos indispensables á el viaje y al establecimiento de muchas colonias. Nada olvidó la prevision del almirante; así es que en los navíos iban herramientas é instrumentos de toda clase, embarcando tambien muchas especies de cuadrúpedos desconocidos en el nuevo mundo, como caballos, asnos, toros, vacas,

etc., y semillas de todos los vegetales á quienes la temperatura del clima pudiese convenir.

Por lo demás, persistiendo en la opinion de que las tierras nuevamente descubiertas eran una parte de la India, que segun estas erróneas suposiciones debia llegar hasta aquellos países, la distinguió de la India ya conocida con el nombre de Oriental, dando á esta otra el de Occidental, porque los navíos que van desde Europa tienen siempre que navegar hácia el Occidente: sin embargo, esta denominacion no se ha estendido á toda la América, sino á las islas situadas en el anchuroso golfo de Méjico.

Terminados los preparativos, la flota salió del puerto de Cádiz el 25 de setiembre, y como en su primer viaje, Colon se dirigió desde luego á las islas Canarias, donde ancló el 5 de octubre. Hizo provision de agua, de madera y ganado, principalmente de cerdos, y continuó su ruta con viento favorable, que le permitió caminar ochocientas leguas marinas en veintiocho dias. El veintiseis después de su salida de España, la flota fondeó delante de una isla á la que puso el nombre de Dominica, porque la habia descubierto en domingo, dia en que en latin se llama *dies dominica*, es decir, dia del señor, ó *dies solis*, dia del sol. La Dominica es una de las pequeñas Antillas ó islas de los caribes.

No siendo bastante cómoda la rada de esta isla, el almirante volvió á hacerse á la vela, y no tardó en descubrir sucesivamente muchas islas, siendo las mas considerables la Mari-Galante y la Guadalupe,

que hoy día pertenece á los franceses. Dió el nombre de Guadalupe á la segunda de estas islas porque habia prometido á los frailes de un convento de esta advocacion, ponérsele á alguna de las islas que pudiese descubrir. De este número fueron tambien la Antigua, Puerto-Rico y por último, San Martín.

La costa de Guadalupe ofreció á los españoles el magnífico espectáculo de una cascada, cuyo ruido se oía á tres leguas de distancia. La formaba una tela de agua que saltaba desde un peñasco agudo y muy elevado. Al principio ningun habitante se descubria en la isla porque todos habian huido de sus cabañas; pero Colon envió tras ellos algunos soldados que consiguieron atrapar dos indios jóvenes, que dijeron no ser de aquella isla, sino de otra donde habian sido cogidos para traerlos á la Guadalupe. Tambien vinieron seis mujeres á implorar el socorro de los españoles, diciéndoles que eran cautivas y estaban condenadas á perpetua servidumbre. Por estas mujeres supieron los españoles estremecidos la horrible costumbre de los habitantes de la isla: asaban y se comian todos los prisioneros que hacian en la guerra y se guardaban sus mujeres como esclavas. Así los dos indios como las mujeres suplicaron tanto á Colon que los llevara consigo, que no pudo resistir á sus ruegos y á sus lágrimas.

Abordando á otras islas, Colon quedó cerciorado de la veracidad de estas mujeres y del cacique Guakanahari, que antes de ellas, ya habia dado á el almirante noticias del carácter belicoso y ferocidad

de aquel pueblo. Casi en todas partes donde se presentó, fué recibido como enemigo, y casi en todas tambien halló restos de aquellos abominables festines, y las cabañas de aquellos antropófagos sembradas de huesos y calaveras humanas. Huyendo de tan horrible espectáculo é impaciente por encontrar á los españoles que habia dejado en Haiti, Colon se alejó prontamente de estas islas, donde habian sido infructuosas todas sus tentativas para establecer relaciones amistosas con los indígenas. Continuó su rumbo hácia la colonia y ancló el 21 del mismo mes, en una rada á distancia de una jornada del fuerte de Natividad.

Colon envió á tierra algunos españoles que volvieron apresuradamente á decirle cómo á poca distancia de la costa, habian encontrado dos cadáveres con una sogá al pescuezo hecha de corteza de árbol y atados á un pedazo de madera, labrada en forma de cruz. No podian decir si eran europeos ó indios, porque el estado de putrefaccion en que se hallaban los dos cadáveres, los habia dejado enteramente desfigurados.

Alarmado con esta noticia, Colon sospechó la horrible verdad y corrió á ponerse á la altura de Natividad, es decir, frente al punto de la costa en que se elevaba el fortin que habia mandado construir. Apenas estuvo delante del fuerte, se metió en la chalupa y saltó en tierra; pero ¡cuál fué su espanto al buscar en vano á los españoles que habia dejado en la isla! En el sitio del fuerte no habia mas que

ruinas, descubriéndose por aquí y por allá girones de vestidos españoles, y fragmentos de armas y utensilios. Bastaba este espectáculo para dar á conocer lo sucedido durante su ausencia: once cadáveres, hallados á poca distancia del fuerte, con todas las señales de una muerte violenta, ya no dejaron duda á el almirante de cuál habia sido la suerte de los desgraciados colonos.

Los españoles lamentando la suerte de sus compañeros, prorumpian en gritos de venganza contra sus asesinos, y aun se preparaban á ejercer con los naturales del país terribles represalias, cuando el hermano de Guakanahari se presentó á dar cuenta á el almirante de la catástrofe de la colonia. He aquí los hechos principales que contó:

“Apenas el almirante se hizo á la vela para volver á España, cuando los españoles que habia dejado en la isla, olvidaron los consejos y órdenes que les habia dado antes de embarcarse. Habiales él recomendado particularmente mantener á los naturales en aquel profundo respeto que desde un principio habian sabido inspirarles; pero lejos de esto provocaron el odio é indignacion de los indios con vejaciones é injusticias de todo género. En vano su comandante quiso traerlos á mejor camino por su propio bien, haciéndoles entender los graves peligros á que se esponian por su culpable conducta. Se hicieron sordos á sus exhortaciones, despreciaron sus amenazas y recorrieron la isla, sin irse á la mano en sus rapiñas, contando con su impunidad y la paciencia de los habitantes.

La parte sometida al cacique de Cibao fué el blanco principal de sus escursiones, atraidos por el oro que de allí sacaban. El cacique sufrió por algun tiempo estas violencias sin quejarse; pero irritado al fin por la conducta de los extranjeros á quienes la codicia hacia crueles, se armó para rechazarlos y escarmentarlos. Los españoles sorprendidos por las tropas de Cibao en el mometo en que mas dispersos y descuidados estaban, trataron de refugiarse al fuerte, que fué invadido y entregado á las llamas: unos murieron defendiéndose y otros pocos que trataron de salvarse en una pequeña embarcacion, perecieron en el seno de las aguas.”

Tal fué en sustancia la narracion del hermano de Guakanahari, añadiendo que éste, siempre amigo de los españoles, á pesar de los insultos y malos tratamientos que habia recibido de ellos, habia tomado las armas para defenderlos al ser atacados por el cacique Cibao, y que en esta defensa habia recibido una herida de la que aun estaba padeciendo.

Los soldados de Colon tenian sus dudas acerca de la veracidad de esta narracion y querian tomar venganza de la muerte de sus compatriotas, haciendo una guerra de esterminio á todos los indios; pero la prudencia y humanidad del almirante estorbaron este designio. Hízoles ver que la seguridad del nuevo establecimiento y los intereses de la España, exigian que se procurase volver á ganar la confianza de los indios, haciéndoles olvidar los agra-

vios de que pudieran quejarse. Recomendó á sus súbditos la dulzura y probidad en sus relaciones con los indígenas y pasó á visitar al cacique Guakanahari. Encontróle en efecto padeciendo de resultas de una herida que no parecia hecha con arma europea, sino con alguna espada de madera. Por lo demás, la relacion de este cacique, hecha con la mayor confianza y franqueza, era en un todo conforme á la de su hermano.

Guakanahari para dar otra prueba de su adhesion á la causa de los españoles y su cariño á su noble jefe, regaló á el almirante ochocientas conchitas de gran valor entre los indios, cien placas de oro y tres calabazas llenas de granos del mismo metal, pesando todo cerca de doscientas libras. Colon correspondió por su parte dando al cacique toda clase de frioleras de fábrica europea, tan apreciadas por el cacique como los regalos que acababa de ofrecer.

Después de esta entrevista, de la que Colon quedó muy satisfecho, llevó á sus compañeros á otro paraje de la isla, mas agradable, mas sano y mas á propósito que el sitio que dejaban, para fundar junto á la desembocadura de un rio una ciudad regular rodeada de fortificaciones, en la que los españoles pudiesen establecerse con seguridad y vivir en habitaciones sanas y cómodas.

Todos cuantos habian tomado parte en la expedicion, la tuvieron que tomar en la construccion de la nueva ciudad, siendo Colon el primero á dar el ejemplo de una actividad infatigable. Gracias á

este concurso de todos los esfuerzos y á el ardor que el almirante supo comunicar á sus compañeros, la primera ciudad que los europeos han edificado en el nuevo mundo, estuvo acabada en muy poco tiempo. Colon quiso que se llamase Isabela en honor de su soberana.

Estaban sin embargo muy disgustados los conquistadores de aquel nuevo universo, que ni habian previsto la necesidad de la vida laboriosa á que los condenaba Colon, ni se esperaban estar sujetos á un trabajo fatigante, bajo un cielo mas ardoroso. Aquella continuidad de perseverantes esfuerzos provocaba murmullos y la expresion del mal humor. Una triste realidad habia disipado sus ilusiones y dejado fallidos los cálculos de su avaricia. La esperanza de hallar inmensos tesoros y gozar las delicias de una vida opulenta, era la que habia traído al nuevo mundo á la mayor parte de aquellos hombres; mas en lugar de aquel voluptuoso descanso, de aquella felicidad que solo habia existido en los sueños de su imaginacion, solo encontraban penosos trabajos, expuestos á los ardores de un sol devorante, y á todos los peligros de un aire insalubre que los diezaba con crueles enfermedades. Afigian sobre todo á aquellos europeos, acostumbrados á todas las comodidades de la vida, las privaciones que les amenazaban, el recuerdo de la posicion que habian abandonado por venir en busca de aventuras, y la incertidumbre de la suerte que les esperaba. ¿Dónde estaban aquellos montes de oro que se

habian prometido? Ni aun les era permitido ir á buscarlos, porque Colon habia prohibido visitar el interior del país hasta que la ciudad estuviese acabada.

A estos principales motivos del descontento general, se agregaban cada dia nuevas quejas de la severidad de Colon, viniendo á parar todo ello en una conspiracion contra la vida del almirante. Estaba pronta á estallar, cuando fué descubierta, y de los culpables unos fueron castigados en el acto para precaver otras maquinaciones por miedo del castigo riguroso, y otros fueron embarcados para España, donde se habian de juzgar. Al mismo tiempo escribió al rey Fernando una carta en que le pedia encarecidamente le enviase cuanto mas antes nuevos refuerzos de tropas y provisiones para facilitar la ejecucion de sus grandes proyectos.

Una distraccion era el mejor remedio de conjurar los efectos del espíritu de rebelion, que tan fatales progresos hacia entre los españoles. Colon comprendiendo la necesidad de ocupar á los descontentos, escogió cierto número de ellos para que le acompañasen á lo interior del país. Esta determinacion tenia además el objeto de convencer á los indios de la superioridad de un ejército europeo.

Púsose pues en marcha á la cabeza de su tropa, que avanzaba en buen orden, banderas desplegadas y al compás de una música guerrera. Al mismo tiempo mandó ejecutar á sus soldados, principalmente á los de caballería, maniobras que escitaron en el

mas alto grado la sorpresa de los indios. Como era la primera vez que veian los caballos, se creyeron que caballo y jinete formaban un solo cuerpo, y júzguese por tanto cuál seria su espanto á vista de un monstruo, mitad de hombre y mitad cuadrúpedo. Casi todos los salvajes huyeron á sus cabañas, y su sencillez era tan grande, que atrancando la puerta con cañas, se creian resguardados del ataque del monstruo.

El 12 de marzo salió Colon de la Isabela, donde quedaba su hermano Diego para mandar en lugar suyo. La tropa llevaba los materiales necesarios para la construccion de un fuerte, que el almirante se proponia levantar en la provincia de Cibao, así llamada por los isleños á causa del terreno formado de montañas pedregosas y de rocas, llamadas *ciba* en el idioma del país.

El primer dia de expedicion no se anduvo mas que tres leguas hasta llegar al pié de una montaña muy escarpada. Los indios súbditos del cacique Guakanahari, que servian de guias á los españoles, entraban sin ceremonia en todas las cabañas que encontraban al paso, y se apoderaban de cuanto les hacia falta á vista y paciencia de los propietarios, que no manifestaban la menor sorpresa. Parecia que todos eran bienes comunes entre aquellos isleños, que tal vez nunca se habian visto.

El rico país de Cibao llamaba la atencion de los españoles, no solo por sus tesoros, sino porque su cacique era el que se habia distinguido tan cruelmen-

te contra los primeros colonos. Dirigieron su marcha hácia este punto y bien pronto conocieron que no les habian engañado en sus narraciones los habitantes de la isla. Ninguna mina habia abierta en el país, porque los indios nunca se habian dedicado á las fatigas de penosas adquisiciones y á los trabajos de explotacion, para procurarse un metal que les era casi inútil; pero en todos los arroyos relucian chispitas y arenillas de oro que las aguas habian desprendido de las montañas, lo que probaba que en ellas se contenia gran cantidad.

El primer cuidado de Colon fué que se construyese un fuerte en aquella comarca, para estar seguro de su posesion. Después de haber guarnecido este fuerte, se apresuró á dar la vuelta para anunciar tan felices nuevas á la colonia; pero cuando llegó á ella la encontró en la situacion mas deplorable.

Habíanse acabado todos los víveres, y amenazaba el hambre, porque no habia habido tiempo para cultivar los campos. Las enfermedades propias de los terrenos cálidos é incultos habian acometido á todos los colonos, que esperaban morir víctimas del hambre ó del contagio. Todos lamentaban las funestas consecuencias de la locura que les habia hecho perder su salud, sus bienes y su patria para venir á buscar la muerte bajo un cielo extranjero; todos colmaban de maldiciones á los autores de su miseria, á los impostores, que trazándoles el falaz aunque seductor cuadro de las ventajas que reportarian en

aquellas nuevas comarcas, los habian comprometido en tan fatal empresa. El jefe de los descontentos era un eclesiástico que habia venido de España como capellan de la armada, el cual creia hallar alivio de sus males y desahogo de su pena en sus violentas declamaciones contra el almirante.

Colon, amaestrado ya contra esta clase de insurrecciones y familiarizado con los peligros en tantos como habia corrido, encontró en su experiencia y en su firmeza los medios de contener la rebelion y triunfar de ella. Uniendo la prudencia á la energía, la severidad á la moderacion, consiguió restablecer la tranquilidad, y después de haber tomado las medidas conducentes para que fuese duradera, resolvió ir en busca de nuevos descubrimientos, escogiendo á su hermano Diego para que gobernase durante su ausencia.

Se hizo á la vela con un navío y dos chalupas, dirigiéndose hácia el Poniente. El descubrimiento mas importante que hizo en este nuevo viaje fué el de Jamaica. Ancló á la altura de esta isla, y envió las chalupas tripuladas por hombres armados, para que sondeasen distintos puntos del puerto y viesesen si el agua tenia profundidad suficiente para sostener navíos.

Apénas las chalupas se acercaron á la costa, se vieron rodeadas de una multitud de indios, que en sus canoas trataban de impedir tal desembarco de los españoles. Estos emplearon en vano los medios de la persuasion para hacerles renunciar á su pro-

yecto hostil, y viendo que no aprovechaban, les enviaron una granizada de flechas que los hicieron huir en todas direcciones. En aquella época el uso del fusil no se había generalizado en los ejércitos europeos, en los que muchos soldados conservaban el arco como principal arma ofensiva y defensiva. El almirante entró en seguida en el puerto, que se había juzgado practicable, á fin de reparar sus naves, que habían padecido alguna cosa: hizo después algunas escursiones por lo interior del país, que por la naturaleza de su suelo y su fertilidad, le pareció todavía mas ventajoso que la isla Española, por lo que tomó posesion de la Jamaica en nombre del rey de España.

Desde esta isla navegó hácia Cuba para asegurarse de si en efecto era una isla ó parte del continente. Desde este momento empieza para él una nueva carrera de peligros y de padecimientos, en cuya comparacion le parecieron insignificantes los sufridos hasta entonces. Tan pronto necesita todo su valor y sangre fria para resistir á las terribles tempestades que le asaltan en los sitios mas peligrosos de un mar desconocido; tan pronto se ve encerrado entre rocas y bancos de arená con riesgo de que las naves se vayan á pique de un momento á otro. Encontrábase á veces en baja mar en el momento en que las embarcacion es hacian tanta agua, que todo el equipaje, dando si u cesar á la bomba, podia apenas sostenerlas á flote de agua. Unas veces tenia que sufrir, lo mismo que sus compañeros,

el suplicio del hambre y de la sed, cuando por una feliz casualidad conseguian procurarse algunos refrigerios, él era siempre el último á aprovecharse de ellos, porque olvidado de sí mismo, no pensaba mas que en aliviar las penas de sus compañeros. Otras veces tenia que mitigar el descontento de aquellos hombres, que fuera de sí en momentos de desesperacion, prodigaban á su jefe injustos cargos y amargas recriminaciones, aunque él sea el primero á sufrir todas sus penalidades. Este grande hombre, sereno é inalterable en las mas críticas situaciones, se esfuerza con sus palabras y su ejemplo á restituir el valor y la esperanza á sus compañeros, justificando de este modo la verdad y la exactitud de este bello pensamiento de un antiguo escritor:—“No hay espectáculo mas sublime que el de un hombre animoso luchando con la adversidad.”

Los habitantes de Cuba, donde Colón desembarcó algunas veces, le enteraron de que aquella era una isla tan abundante en ciertos sitios de pájaros y mariposas, que oscurecian el aire interceptando los rayos del sol aun en los dias claros. Al Norte de la isla, el mar estaba sembrado de islotes, á los que dió el nombre de Jardin de la Reina. Navegando un dia entre estos islotes, encontró una canoa de pescadores que llamaron su atencion por el raro modo que tenian de pescar. Se valian de unos peces llamados *reves* que tenian los dientes muy cortantes; les ataban á la cola una especie de sogilla bastante larga y luego los echaban al mar. Así que uno de

estos pescados encontraba á otro, se le agarraba con los dientes, y los pescadores le sacaban del agua con su presa. De esta suerte pilaron delante de los admirados españoles, una tortuga que pesaba cien libras, á la que el *reve* se habia agarrado con tal fuerza, que se la trajo consigo hasta la canoa.

Apenas los pescadores divisaron las chalupas que precedian á el navío, hicieron señas á los españoles de que esperasen, lo mismo que si los hubiesen conocido toda su vida. Hízose lo que pedian; mas apenas se hubieron apoderado de la tortuga, vinieron á ofrecérsela al almirante, que agradecido á esta atencion, les regaló algunas baratijas de las que recibian con tanto placer.

Mientras que los marinos españoles reconocian estas islas, presenciaron un fenómeno que no sabian explicar: la superficie del mar se presentaba matizada de verde en un paraje, blanco como la leche en otro, y mas allá negra como la tinta.

En fin, después de una navegacion larga y peligrosa al través de rocas y bancos de arena, anclaron de nuevo en la costa de Cuba, donde desembarcaron. Al tiempo que se celebraba misa en un altar levantado en la playa, llegó un viejo cacique, que se puso á examinar curiosamente la ceremonia, guardando un respetuoso silencio durante ella. Acabada la misa, presentó á el almirante diversos frutos de la isla, y sentándose en el suelo, acercando las rodillas á la barba, dirigió á Colon un discurso que los intérpretes tradujeron en estos términos:

“Desde que has venido con una tropa de hombres armados á estas comarcas que te eran desconocidas, el espanto reina entre nosotros: has de saber, sin embargo, que reconocemos en la otra vida dos lugares á donde las almas deben ir después de nuestra muerte: uno terrible y tenebroso, está reservado á los hombres malos; el otro, mansion de eternas delicias, es para los que quieren la paz y felicidad de sus hermanos. Si tú crees que has de morir algun dia, si tú crees que después de esta vida te será devuelto el bien ó el mal que hayas hecho durante ella, espero que no harás mal á los que te le hacen á tí. Si he de juzgar por lo que acabo de ver, que es muy loable, tú no tienes malas intenciones; tú has querido solamente dar gracias á Dios.”

Colon le respondió que tenia la mayor satisfaccion al saber creian en la inmortalidad del alma; que él no habia venido á aquellas tierras para hacer mal á los pueblos que las habitaban, sino que por el contrario, habia sido enviado por el rey de España, su amo, para que la paz reinase entre todos los habitantes de las islas, y para que donde quiera que hubiese hombres crueles y enemigos de sus hermanos, como eran los caribes, los obligase á ser mas humanos y á renunciar á sus bárbaras costumbres. Esta respuesta explicada al cacique, le enterneció, y en la efusion de su sensibilidad, aseguró á el almirante que le seguiria de buena gana á España, si el cariño á su esposa y á sus hijos no le retuviese en el país. Colon le hizo despues algunos regalos,

que él recibió tan agradecido como admirado, y concluyó por hincarse de rodillas preguntando una y mas veces si aquellos extranjeros no habian bajado del cielo para visitar la tierra.

Entre tanto la salud de Colon se resentia de tantos trabajos, fatigas y pesadumbres; un abatimiento total, acompañado de continuo insomnio, le hizo pronto perder la memoria, y desesperado de su curacion, fué preciso volverle cuanto mas antes á la Isabela. Una dicha imprevista le esperaba á su arribo á la nueva ciudad: encontró en ella á su amado hermano, don Bartolomé, que habia traído de España los socorros reclamados con tan vivas instancias por el almirante. Como este era un doble motivo de alegría, contribuyó eficazmente al restablecimiento de la salud de Colon.

Estos dos hermanos, unidos por los lazos del mas tierno afecto, estaban separados hacia ya trece años, durante los cuales no habian tenido noticia uno de otro, ni habian podido comunicarse mutuamente cuál era su suerte. Bartolomé, como ya queda dicho, habia ido á Inglaterra para someter los planes de Cristóbal al soberano de aquel reino. Después de negociaciones siempre entorpecidas ó suspensas por causas de distinta naturaleza, Bartolomé habia conseguido al fin que fuese aceptada su propuesta. Lleno de ardor y de esperanza, volvía á España á traer á su hermano tan feliz noticia, cuando al pasar por Francia, supo que Cristóbal Colon habia ejecutado ya la grande empresa, de cuyos peligros y gloria

debía haber participado Bartolomé. Cuando este llegó á Cádiz, Colon habia partido ya para su segunda expedicion.

Invitado por el rey á presentarse en la corte, fué recibido de la manera mas honrosa; y como por los pliegos de Colon ya se supiesen sus apuros y necesidades, fué elegido por Fernando para llevar socorros á el almirante. La llegada de su hermano salvó á la colonia de la ruina á que la precipitaban el desorden y anarquía que habian reinado durante la ausencia de Colon. Margarita, á quien Colon habia confiado el mando de las tropas, se habia rebelado no pudiendo realizar sus proyectos contra el almirante, se habia escapado á España con el padre Buil, su cómplice, en uno de los navíos de la flota. Las epidemias tan comunes en el pais habian reducido á una tercera parte los habitantes de la colonia. Las tropas se habian desbandado en pequeñas partidas, que recorriendo el pais hicieron tales violencias á los habitantes, que les obligaron á tomar las armas para castigar á los autores. El levantamiento era casi general y ya algunos españoles habian sido víctimas, sorprendidos por los indios.

Tan tristes sucesos debian precipitar la ruina de la naciente colonia, porque los indios, pacíficos hasta entonces, empezaban á conocer el porvenir que les estaba reservado, y se estremecian ante la horrible perspectiva de la esclavitud y del hambre con que les amenazaba la dominacion española. Acostumbrados á una vida indolente, se contentaban pa-

ra su alimento con un puñado de maíz ó con la fécula del *cazabe*, planta cuya raíz, análoga á la de la remolacha ó el nabo, produce después de pelada una sustancia harinosa. Comparando su frugalidad con el apetito de los españoles, cada uno de los cuales comia por cuatro indios, no veian en aquellos europeos mas que unos comedores insaciables, á quien el hambre habia arrojado de su país, después de agotar sus producciones. Deducian de aquí, que los víveres de su isla no tardarian tambien en ser devorados por aquellos huéspedes tan glotones, cuya fatal presencia era el presagio de un hambre inminente.

A estas consideraciones, que bastaban ya para convencer á los indios de la necesidad de sacudir el yugo, se agregaban las violencias de los españoles, que acabaron de determinarlos contra sus opresores: acudieron por fin á las armas, y reuniéndose á las órdenes de un cacique, formaron un ejército considerable.

Cuando Colon volvió á la Isabela, se preparaban á la guerra por una y otra parte; el pueblo haitiense todo entero, á escepcion del cacique Guakanahari, fiel á la causa de los españoles, estaba sobre las armas y presentaba una masa de cien mil combatientes, prontos á esterminar aquel puñado de extranjeros, que con su conducta habian agotado su paciencia.

No dieron á Colon tanto cuidado los peligros que semejante coalicion podia acarrear al establecimien-

to español, como las injusticias y excesos que habian provocado tanto odio y animosidad contra los europeos; pero habia que ceder á la triste necesidad de derramar la sangre de aquellos infelices, que solo querian defender sus propiedades, su libertad y su vida. ¡Triste situacion para un hombre tan generoso y humano como el almirante, y que le inspiró amargas reflexiones la víspera de dar la batalla!

Tal era el estado de las cosas, cuando Guakanahari llegó á ofrecer su auxilio á los españoles. La necesidad, tanto como las simpatías, comprometian á este cacique á favor de los españoles, porque el afecto que les profesaba le habia hecho blanco del odio de los otros jefes indios. Colon, sin embargo, se manifestó muy agradecido á los ofrecimientos y nuevas protestas de Guakanahari, y ambos á dos fueron á ponerse á la cabeza de sus tropas y se prepararon al combate.